La marca de las naranjas

Obra original de Shyvirelle

La mañana en que llegaron las naranjas, Irene llevaba seis meses sin escribir el nombre de La Honda en un albarán. El huerto había perdido la cosecha tras una helada tardía y sus propietarios habían anunciado que no recogerían fruta hasta la temporada siguiente. Sin embargo, delante del almacén de la cooperativa había veinticuatro cajones de madera marcados con la etiqueta de aquel huerto.

Las etiquetas eran auténticas. Irene lo comprobó antes de abrir el primer cajón: el sello de la cooperativa tenía una pequeña muesca junto a la letra H, la misma que había visto centenares de veces el invierno anterior. Lo que no era auténtico, o no podía serlo, era el origen declarado de las naranjas.

—No tengo por qué saber cuándo florece cada árbol —dijo Tomás, el transportista, cuando ella lo llamó—. Me entregaron los cajones y los traje. Eso es todo.

Tomás llevaba años recorriendo los caminos del valle. Nunca había perdido un cargamento, pero confundía las horas con una facilidad admirable: siempre recordaba haber llegado «hace un momento» incluso después de una mañana entera de viaje.

—¿Quién te los entregó?

—Alguien de la finca. No había nadie en la caseta.

—Eso son dos respuestas distintas.

Él observó las etiquetas sin tocar ninguna.

—La madera ya estaba rotulada. El contenido no tiene por qué venir del mismo sitio que el cajón.

Irene tomó nota de la frase. La posibilidad era sencilla y no demostraba por sí sola una estafa: los productores se prestaban cajas en épocas de mucho trabajo. Pero cada intercambio debía poder explicarse al recibir un lote. En la documentación que acompañaba aquellas naranjas solo aparecía La Honda.

Bajo una fruta encontró una hoja pequeña, todavía flexible. Tenía una lesión en forma de media luna, una hendidura parda que se abría hacia el borde, y dos marcas más finas a un lado. No parecía la mancha uniforme de un fruto mal almacenado. Era una señal que había visto antes, aunque no recordaba dónde.

Sujetando el cajón por las asas, descubrió un trozo de cuerda azul oscuro, casi violeta, atrapado entre dos tablas. La mayoría de los productores del valle usaban cuerda blanca. El detalle, por sí solo, tampoco probaba nada.

Lo que molestaba a Irene era la unión de las dos pistas: la hoja de borde herido y una cuerda que parecía haber sido cortada deprisa.

El huerto sin fruta

Fue primero a La Honda. Las hileras de naranjos estaban casi vacías; las ramas bajas conservaban cicatrices del frío y bajo los árboles se extendía una alfombra de hojas secas. El encargado le mostró el cobertizo. Había cajones viejos apilados contra una pared.

—Los regalamos para que no se estropearan —explicó—. Una viverista dijo que podía aprovecharlos. No salieron naranjas de aquí.

—¿Qué viverista?

—Celina, la de El Vado. Recogió una parte hace dos semanas. Tomás llevó el resto.

Irene fotografió el estado de los árboles y anotó la fecha. No le pidió al hombre que firmara una acusación: todavía no sabía qué había ocurrido.

En El Vado encontró la puerta cerrada. Detrás de una malla de sombreo se veían hileras de macetas, un depósito de agua y una mesa con etiquetas en blanco. Celina, la viverista, salió del invernadero con tierra en las mangas.

—Los cajones eran para trasladar material del vivero —dijo antes de que Irene formulara la pregunta—. No para vender fruta.

—En la cooperativa hay veinticuatro llenos de naranjas.

Celina miró hacia las macetas.

—Entonces habrás venido por la fruta equivocada.

Irene le enseñó la hoja. La mujer no reaccionó ante la media luna, pero sí cuando vio las dos marcas finas que la acompañaban.

—¿Dónde la encontraste?

—Entre las naranjas de un cajón de La Honda.

—Eso no puede decirte de qué árbol viene.

—No. Una lesión no es una firma. Por eso también quiero enseñarte esto.

Le mostró la cuerda. Celina se la devolvió sin decir nada y fue hasta el borde del invernadero. Allí, una malla estaba sujeta a estacas con la misma cuerda azul violácea. Una de las estacas tenía una punta doblada hacia dentro. Cuando soplaba el viento, rozaba las hojas de la primera hilera. Algunas mostraban la misma media luna junto a dos rayas finas.

—Hay que arreglar esa punta —murmuró Celina.

—Podría dejar las marcas que vimos —respondió Irene.

La coincidencia relacionaba la hoja con aquel entorno, pero todavía quedaba una pregunta: ¿dónde estaban los árboles que habían dado aquellas naranjas? El invernadero solo contenía plantones demasiado jóvenes para producir una cosecha como la del camión.

Celina no contestó. Fue Tomás, que acababa de llegar en su furgoneta, quien señaló la loma al otro lado del canal.

—La fruta salió de detrás de esa pared —dijo—. Yo la recogí allí. Y no quiero volver a decir que no sé de dónde sale lo que llevo.

La fila que nadie había contado

Detrás de la pared había una parcela estrecha. No tenía cartel y el camino de entrada estaba cubierto por hierbas altas. En su interior crecían doce naranjos maduros, desiguales, con troncos que parecían haber soportado inviernos muy distintos. Algunas ramas sostenían frutos de piel irregular y olor intenso.

Celina llegó caminando detrás de ellos. Se detuvo frente al árbol más viejo y apoyó la mano en su corteza.

—Mi abuelo trabajó aquí —dijo—. Llamaba a estas naranjas «claras del barranco». No es una variedad registrada con ese nombre; era el modo en que las distinguía de las otras. Después se abandonó la finca. Yo creí que los árboles habían muerto.

—¿Y los encontraste?

—Dos seguían vivos. Después fui encontrando otros entre la maleza. Quería conservar esa línea de árboles. No sabía si alguien más se acordaba.

Irene miró alrededor. La malla del vivero llegaba hasta aquella parcela por detrás de la pared, y varias ramas tocaban su borde. El viento había llevado hojas heridas hasta los cajones durante la recogida. La cuerda azul procedía de una reparación reciente en la malla. Las pistas encajaban, pero no contaban toda la historia.

—Si recuperaste algo que creías perdido, ¿por qué ocultarlo?

Celina tragó saliva.

—Porque vendí plantones antes de resolver de quién era esta finca y de dónde procedía el material. No tenía los documentos que necesitaba para explicar su origen. Cuando me pidieron fruta para una muestra, usé los cajones viejos. Pensé que nadie preguntaría por una etiqueta ya impresa.

Irene sintió una decepción difícil de describir. Había esperado una sustitución de fruta común por otra más barata, o quizá un simple descuido de almacén. En lugar de eso, tenía delante un proyecto de conservación que se había puesto en peligro por el intento de esconder sus primeros pasos.

—No puedes proteger la procedencia de unos árboles borrando su procedencia de los papeles —dijo.

—Si detengo las ventas, quizá no pueda mantener el vivero.

—Y si no las detienes hasta aclarar lo ocurrido, cada nuevo plantón tendrá la misma pregunta sin respuesta.

Tomás había permanecido callado, con la vista fija en una rueda de su furgoneta.

—Yo entregué los cajones —admitió—. Vi las etiquetas. Sabía que la fruta había salido de aquí. Pensé que se arreglaría después.

—Entonces lo que necesitamos —respondió Irene— es dejar constancia de lo que cada uno sabe, sin inventar nada que falte.

Se sentaron a la sombra del árbol más viejo. Irene separó los hechos comprobados de lo que aún era una declaración: la salida de cajas vacías de La Honda, la recogida en la parcela, la cuerda, las hojas, el contenido del lote y la historia que Celina contaba de su abuelo. Anotó la procedencia real declarada y dejó la venta de plantones pendiente de revisión por la cooperativa y de la documentación que correspondiera.

No declaró que aquella naranja fuera una variedad recuperada: para eso hacían falta estudios y registros que ninguno tenía. Tampoco prometió que Celina podría conservar su proyecto. Le explicó algo más limitado y, por ello, más útil: había una historia verificable que ya no necesitaba esconderse detrás de otra etiqueta.

Antes de salir, Celina recogió una de las naranjas caídas. Tenía una pequeña marca, como una raya de lápiz, junto al pedúnculo.

—Mi abuelo elegía las más feas para llevárselas a casa —dijo—. Decía que, si esperaba a tener una perfecta, nunca probábamos ninguna.

Irene sonrió apenas. El comentario no resolvía los documentos pendientes ni las ventas que habría que revisar. Pero le gustó que, por primera vez desde que había llegado el camión, Celina hablara de los árboles sin bajar la voz.

Al regresar a la cooperativa, Irene retiró las etiquetas de La Honda de la mesa de clasificación y guardó una en el expediente. No la rompió. Era una prueba de dónde había empezado la confusión y de cómo habían llegado, por fin, a la parcela que nadie había contado.